

RESEÑA DE LAS CEREMONIAS EFECTUADAS EN MEXICO CON MOTIVO DE LA FIESTA DE LA RAZA Y ORGANIZADAS POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL 1919

Fué celebrada en la capital de la República Mexicana en medio de desbordante entusiasmo y con resonantes manifestaciones de esplendorosa cultura.— Entre los múltiples festejos llevados a cabo con el propósito de intensificar la unión espiritual de los pueblos Ibero-americanos y de rendir fervoroso homenaje a la hazaña inmortal del Genovés insigne, resaltaron por su trascendencia educativa y su esplendor artístico, los organizados por la Universidad Nacional.

De año en año, la conmemoración del descubrimiento de América por el genio indomable de Cristóbal Colón, ha venido siendo para las clases estudiantiles metropolitanas, un motivo poderoso de emulación nobilísima, que realiza el prodigio de desbordar el entusiasmo de todos los pechos juveniles y de levantar de cada alma nueva, el himno glorioso de la esperanza potente y risueña, que canta alborozada los triunfos futuros de una raza joven que vierte su savia fecunda en veinte pueblos que se remueven clamorosos bajo el palio rosado de un amanecer augural y que llevan prendido a la frente al lucero de la fe que les permite penetrar en el arcano de sus altos destinos. Y de cada conmemoración, se escapa cada vez más precisa y elocuente, respondiendo a la prédica de educadores y sociólogos, esa salvadora tendencia de unificación y de armonía, entre los pueblos que desparramados por las planicies floridas y por las cumbres altivas de este continente fecundado por el amor de España, tienen idénticos problemas, comunes peligros y fraternos impulsos hacia un porvenir mejor de felicidad y de virtud. Y es entonces, cuando se contempla a una muchedumbre consciente y vigorosa de jóvenes que se preparan para las grandes batallas de la vida y de la Patria, ofrendando ante el ara de una hermosa idea de concordia y de amor, toda la fe de sus almas inmaculadas y todos los vítores jubilosos de sus labios alucinados, cuando nos penetra hasta lo más íntimo del pecho la convicción fortaleciente y piadosa de que no serán estériles ni las luminosas enseñanzas de nuestros pensadores, ni las cruentas inmolaciones de nuestros héroes, al ofrecer su tranquilidad y su vida por acercar ese día anhelosamente esperado en que todos los pueblos que hacen cantar en sus labios el

habla de Cervantes, realicen una honda comunión espiritual en que ideales y propósitos queden ligados para siempre bajo la bendición santa del amor, para que la fuerza resultante haga viable la implantación perenne del progreso con todos sus lógicos derivados de disciplina y bienestar, bajo los cielos que arropan con sus fúlgidos celajes de oro las pródigas tierras ibero-americanas.

La espontaneidad con que el 12 de octubre, día magno de América, se entregan las clases pensantes del país, a festejar un acontecimiento memorable en sí y que por otra parte ha prestado apoyo a la noble idea de un consorcio de pueblos hermanos que histórica y geográficamente se ven amenazados por la creciente expansión de naciones de extrañas razas, débese simultáneamente al entusiasmo popular que casi instintivamente va tras las ideas que le garantizan dignidad y poder, y a la acción amplia y acertada del Gobierno que sabe acumular todos los recursos y sembrar con oportunidad por medio de inteligentes acercamientos, la simiente del afecto que hace real y eficiente, tangible y cautivadora, toda empresa de comprensión entre nuestro pueblo y los que a él están ligados por la fraternidad de sangre y de idioma.

Y es en México al Gobierno que preside el C. Venustiano Carranza, a quien corresponde sin disputa el honor de haber desarrollado una acción diplomática animada de real y sincera simpatía, entre nuestro pueblo y los otros de común origen que luchan y sueñan en medio de la pompa de los vergeles americanos. Esa acción oficial es la que ha hecho fructífera la simpatía de las diversas clases sociales de las naciones ibero-americanas, preparando el esplendor con que se celebran ya de manera indefectible, las clamorosas fiestas de la raza indoespañola. Y a la verdad, ni el más exigente o prevenido en contra de la administración surgida del renovador movimiento constitucionalista que encabeza dignamente el gran republico coahuilense, podrá negar que hasta los últimos tiempos es cuando se ha realizado un contacto de afectuosos y tangibles resultados entre el nuestro y los demás pueblos de origen español. Esa empresa que nos salvará en las horas de los supremos peligros y que ostenta todos los gallardos lineamientos de un patriotismo ecuaníme y consciente, se debe al

Gobierno Mexicano que por hoy rige nuestros destinos, desde el momento en que ha tenido constancia y acierto para crear lo que pudiéramos llamar diplomacia latinoamericana. Sin desatender en manera alguna las relaciones con todos los demás pueblos cultos de la tierra, antes bien, llevando a cabo todo aquello que dentro de los cánones de la prudencia y de la dignidad colectivas, puede afianzar las relaciones existentes con las demás naciones que se mueven dentro del ambiente de la civilización contemporánea y que labran de consumo esa obra estupenda del progreso moderno, el Gobierno del señor Carranza, adelantándose a su tiempo, penetrando en el futuro político y social del continente indolatino, y, sobre todo, cristalizando con oportunidad admirable el poderoso impulso de su pueblo, ha iniciado y sostenido con toda esplendidez todo un vasto sistema de relaciones hijas de la simpatía y de la comprensión, entre México y los demás pueblos que se alzan al sur de nuestras fronteras integrando la poderosa familia iberoamericana. Han sido enviados a esos pueblos hermanos, llevando nuestra representación oficial, fuertes y jóvenes personalidades en cuyo corazón han tenido eco fiel todas las vigorosas aspiraciones hacia la libertad y la democracia, que al presente nos agitan y que son inequívoco anuncio de que nos acercamos al anhelado término en que se disfruta del bienestar colectivo. Esos representantes nuestros, portando como elocuentes credenciales el mensaje de la fe y de la simpatía que nos animan en todo lo que signifique un motivo de común adelanto y engrandecimiento para los pueblos de la raza, así como la clara justificación de nuestros intensos y sangrientos sacudimientos internos en un impulso por gozar de mayor libertad y hacer positivas y ciertas las conquistas democráticas en que las colectividades modernas cifran toda su fuerza, han coronado felizmente su alta misión porque han conseguido que al unísono de nuestro entusiasmo y de nuestra fe, lata el corazón amplio y generoso de nuestros hermanos que ya saben acompañarnos en nuestros regocijos y en las horas amargas de nuestras zozobras. Y esa comunicación, que es la real, porque es la del amor; ese intercambio de afecciones que caldea las almas y que las predispone al sacrificio por todo lo grande, y que las viejas diplomacias en medio de su habitual y calculada frialdad fueron incapaces de realizar, todo ese fácil entusiasmo que orienta a nuestras muchedumbres hacia lo que en alguna forma interesa o preocupa a los demás pueblos iberoamericanos, es cabalmente la comunión espiritual soñada y preconizada por educadores y apóstoles, como el medio único de garantizar el reinado permanente de la prosperidad y del orden en el Mundo de Colón. De ahí el interés espontáneo de llevar nuestra consolación a algún pueblo hermano que ha sido azotado por la fuerzas ciegas de algún desastre, y de ahí, igualmente, la prontitud entusiasta con que en correspondencia, todos manifiestan estar prontos cuando los mil azares de la larga conmoción que hemos venido sufriendo, nos orillan a graves y peligrosos conflictos internacionales.

Una de las formas más interesantes por los resultados que trae aparejados de esa bella empresa de fraternización continental, es la encomendada a realizar a los estudiantes universitarios agregados a nuestras misiones diplomáticas, sin más finalidad que llevar a los países hermanos, un girón viviente del pensamiento y de las aspiraciones de nuestra juventud, especialmente de la juventud que se baña en la luz de la idea, y que es representación genuina de la Patria futura. Tal procedimiento, que sólo puede ser inspirado por el deseo sincero de acercar a los pueblos por sobre toda tendencia torcida de polí-

tica egoísta y caprichosa, y que es desde luego una hermosa novedad entre nosotros y en la diplomacia latinoamericana, ha desempeñado el papel más importante, no sólo en el orden educacional, puesto que facilita la comparación entre los varios sistemas de enseñanza que se observan en los diversos pueblos de este continente, haciendo posible de esa manera las rectificaciones y reformas que sean procedentes, sino de manera principal porque el trato constante con los hijos de la nación que se visita, así como el estudio directo de sus condiciones y tendencias, deben necesariamente engendrar un cariño y un interés singulares que convierten a cada uno de esos estudiantes viajeros, en los más eficaces apóstoles de la buena inteligencia y comprensión de los pueblos que han sabido sostenerlos y cultivarlos para tan alta y generosa misión.

Uno de los factores, y por cierto de los de mayor significación, que han contribuido a ese satisfactorio acercamiento entre los pueblos indolatinos, y que culmina en medio de los esplendentes apoteosis con que se celebra la fiesta de la Raza, es el empeño sostenido que el actual Gobierno ha puesto en la instrucción de la juventud mexicana con relación a la sociología, la política, la economía y demás circunstancias peculiares pertenecientes a todos los pueblos hermanos del continente. En virtud de este aprendizaje que ya se lleva a cabo en todas las escuelas de México en forma regular y metódica, es que las nuevas generaciones van habituándose de manera sencilla y natural, a sentirse como ciudadanos de los pueblos que llevan su misma sangre, hablan su propio idioma y se sienten estremeados por los mismos impulsos e idénticos arranques de ensueño y de gloria. Y por ello es también que al llegar el fausto glorioso del 12 de octubre, la gran familia escolar mexicana se apresta jubilosa y rebotante de alegría y fervor, a celebrar un acontecimiento que por igual inspira y alienta el alma poderosa y magnánima de veinte pueblos hermanos que año por año bajo la augural sonrisa de España, la noble matrona que se desangró y sacrificó para fecundar con su aliento y su heroísmo todo un mundo, renuevan sus propósitos salvadores de unión y de concordia, bajo el manto glorioso de la libertad que parece galardón exclusivo del Nuevo Mundo descubierto por Colón.

Las festividades efectuadas en el presente mes con el fin indicado, fueron todo un acontecimiento en la culta capital de la República, habiendo superado con mucho a las que tuvieron efecto en años anteriores, que dentro de su oportunidad, también llenaron ampliamente su objeto y dejaron en todas las almas muy profunda huella por las intensas sensaciones que suscitaron. Como es una incontrovertible verdad lo asentado anteriormente, en el sentido de que en la fiesta de la Raza el contingente de entusiasmo y de fe aportado por la generosa pléyade estudiantil, es lo que en realidad ha impreso carácter a tal acontecimiento y lo que ha transformado en una objetiva y elocuente lección de amor entre pueblos que tienen idénticos problemas y destinos, el Gobierno, celoso siempre de darle cauce amplio a toda corriente de renovación espiritual, por conducto del Departamento Universitario, institución la más encumbrada que ejerce el magisterio en el país, ha venido organizando con toda amplitud los programas que regulen la participación que en las hermosas fiestas de la Raza, corresponda a la vigorosa clase estudiantil universitaria, como augusta contribución para la más encumbrada empresa de gratitud y de amor. Y en verdad que gracias al empeño e inteligencia con que la Universidad Nacional preparó y llevó a la práctica los mencionados programas, fué que se obtuvo un

éxito insuperable en los festejos con que la culta y brillante familia universitaria, conmemoró el descubrimiento de América.

Consistieron tales festejos en un desfile en que figuraron todos los estudiantes de las diversas facultades dependientes de la Universidad, y en una suntuosa y transcendental velada lírico-literaria que tuvo efecto en el Teatro Arbu. A pesar de que fué desapacible, por una lluvia pertinaz y copiosa que estuvo cayendo sobre la metrópoli, la noche en que tales acontecimientos se efectuaron, las multitudes invadieron las calles en que fué la trayectoria del desfile, y las localidades del coliseo de San Felipe fueron ocupadas en su totalidad por representantes de las diversas clases de la sociedad.

Cerca de las ocho de la noche, bullentes muchedumbres se agolpaban frente al severo edificio de Santo Domingo en que a las fechas se encuentran las oficinas de la Guarnición de la Plaza, esperando ver desfilar a las falanges estudiantiles que deberían iniciar de allí su marcha para recorrer las principales avenidas de la capital. A despecho de las inclemencias motivadas por el persistente llover, la ceremonia se inició a la hora en que se marcaba en los programas, y en medio de las aclamaciones ensordecedoras de millares de espectadores. El aspecto que la gallarda columna de estudiantes ofrecía, era verdaderamente estupendo, no sólo por el crecido número que la integraba, sino por la alegría incontenible que arrebatava a todas aquellas juventudes que levantando al viento las gloriosas banderas de España, de México, y de todos los pueblos iberoamericanos, en medio de millares de antorchas y farolillos que le prestaban al cuadro un fulgor de apoteosis, lanzaban al aire resonantes vítores, como un concierto glorioso de esperanza. La muchedumbre que se agolpaba a las aceras presenciando el desfile, contagiada por el entusiasmo que estremecía al ambiente, ovacionó a la juventud estudiantil y coreó sus vítores a todos los pueblos hermanos del Continente.

Para darle al acto un relieve histórico que en forma plástica y objetiva impresionara favorablemente los ojos ávidos del pueblo, se caracterizaron los más salientes personajes que figuran en los relatos del descubrimiento del Nuevo Mundo, así como los más relevantes y populares de la clásica literatura española, en homenaje especial a la madre España que nos nutrió con sus letras y con su arte, tales como Don Quijote y Sancho Panza, esas inmortales figuras de la genial inventiva española, que vivirán con juventud perenne en la memoria de una muchedumbre de pueblos, mientras la armoniosa lengua de Cervantes sea el instrumento expresivo de toda una raza avasalladora y pujante.

En primer término marchaba una carabela que con toda perfección había sido construída por los alumnos de Bellas Artes sobre un autocamión, sin carecer de uno solo de los detalles que caracterizaban la gloriosa embarcación en que el intrépido y soñador genovés retó el misterio pavoroso de los mares desconocidos, yendo de pie Cristóbal Colón con su genio de indomable fortaleza y su actitud genial de sondeador de todo lo arcano, representado con toda fidelidad por un alumno universitario cuidadosamente escogido para el efecto. Esta figura evocadora que hacía casi tangibles las escenas más atrevidas de la odisea inmortal que desde niños nos acostumbramos a ver descritas en las historias que subyugaron nuestras almas, fué saludada en medio de frenéticas aclamaciones por los millares de espectadores situados a lo largo de las populosas avenidas que recorrían los estudiantes.

Fué también ocasión de muy intensas emociones entre los

numerosos espectadores, el paso del carro en que se erguía desafiadora y estoica, símbolo de la fortaleza y de la dignidad de la raza, la figura arrogante y hermosa de Cuauhtémoc, el último emperador azteca que tuvo la gloria de morir por la soberanía de su pueblo y más aún, la gloria de dejar a la posteridad en su asombroso sacrificio, la más gallarda y arrebatadora lección de patriotismo. Para que la evocación de la vida de nuestros mayores en las postrimerías del poderío azteca que llenó de pompas a Tenochtitlán, fuera más provechosa y fiel, en torno del guerrero heroico aparecía un grupo perfectamente caracterizado representando caballeros tigres y caballeros águilas, que constituyeron la fuerza incontrastable de los audaces ejércitos indígenas, así como varias indias que proclamaban la belleza indolente de nuestras madres abnegadas y heroicas.

En seguida marchaban por las avenidas feéricas de la Metrópoli, tal cual si fueran las desoladas llanuras de Castilla, en que el ensueño hiciera levantarse todo un mundo de estupendas aventuras, el Manchego inmortal con sus ojos alucinados en contemplación eterna del ideal, lucerna indeficiente que deberá guiar a todos los pueblos que ambicionen no torcer el camino que conduce a la gloria, y Sancho Panza, el socarrón y sufrido escudero que en medio de su zafia filosófica y de su majadería sin tregua, leal siempre al amo desequilibrado que sólo conduce al mantamiento o a la pedrea de los galeotes, va preconizando la fidelidad que hasta los más humildes deben a la virtud y a la ciencia. Este grupo fué igualmente objeto de cariñosas demostraciones de aplauso.

Tras de estos personajes literarios e históricos, que repetidos estuvieron irreprochablemente caracterizados por su indumentaria y su peculiar gesto proveniente del carácter de cada cual, marchaba en automóviles y camiones una inmensa muchedumbre de estudiantes universitarios portando farolillos, hachas encendidas, banderas de todos los pueblos latinoamericanos, flámulas y gallardetes. De trecho en trecho, las bandas que acompañaban a los estudiantes, ejecutaban los himnos de los pueblos hispanoamericanos así como la marcha Real Española. Varias veces se detuvo la comitiva a lo largo del prolongado trayecto que recorrió, para escuchar las ardientes arengas dirigidas al pueblo por estudiantes que recordaban el amor que debemos al viejo solar en que se halla nuestra ascendencia, y la obligación que nos liga en forma de simpatía y comprensión, hacia los demás pueblos que ostentan el origen ibero que nosotros y que en la historia de los destinos humanos tienen encomendada la realización de empresas de justicia, de virtud y de prosperidad que tenemos nosotros; razón por la cual debemos sentirlos íntimamente ligados a nosotros y ver sus amarguras y sus regocijos, con el mismo interés que pudieran inspirarnos los propios. El pueblo, orientado ya por ese camino de fecunda inteligencia y armonía para con los pueblos de la misma raza, aceptaba los conceptos de los oradores en medio de ovaciones estruendosas.

Y no debemos pasar por alto que tal halagadora situación espiritual de nuestro pueblo con respecto a las naciones que nos son similares, especialmente España, se debe a la sostenida obra de educación popular llevada a cabo por la Universidad Nacional. Efectivamente, gracias a este noble instituto se proscribieron desde hace tres años, totalmente, en los aniversarios de nuestra independencia nacional, las explosiones rencorosas y ultrajantes contra la antigua Metrópoli, a que se entregaban las clases humildes mexicanas. Bastó que se les hiciera comprender lo que vale una civilización, con su idioma, su arte, su

religión, etc., para hacerles amar a la nación que nos la legó.

Fué de tal suerte aplaudido el desfile estudiantil reseñado, por el inmenso público que llenaba las calles principales de la Metrópoli en que aquél se desarrolló, que se puede asegurar, sin temor de incidir en exageración de ningún género, que muy pocos habrán tenido en el país éxito semejante.

Pero lo que sin disputa constituyó la nota más saliente de las festividades de la Raza llevadas a término el doce de octubre de este año, fué a no dudarlo la espléndida velada literario-musical que organizada cuidadosamente por la Universidad Nacional, tuvo lugar en el Teatro Arbeau. A pesar, como se ha dicho, del mal tiempo motivado por la lluvia que durante varias horas cayó sobre la ciudad, pocos minutos después de la hora anunciada, todas las localidades del gran coliseo de la calle de San Felipe, veíanse pletóricas de concurrencia de todas las clases sociales, predominando la intelectual, que en este caso se vió representada por las más brillantes y autorizadas personalidades.

Bajo la presidencia del Sr. Rector de la Universidad Nacional, Lic. D. José Natividad Macías, que en el palco de honor aparecía rodeado de miembros del Cuerpo Diplomático, del Claustro Universitario y de Directores de Facultades y establecimientos universitarios, dió principio el desarrollo del programa, con la Obertura del Tanhauser, que la Orquesta Sinfónica Nacional, bajo la dirección irreprochable del Maestro Julián Carrillo, ejecutó de modo insuperable. Baste saber que la corporación musical aludida está integrada por los más conspicuos maestros nacionales y que su actual director ha conseguido calurosos aplausos ante públicos europeos por la magistral eficacia de su batuta, para inferir la impresión que en el entendido público que llenaba la sala, haya producido la ejecución de la hermosa pieza indicada. El entusiasmo del público subió de punto cuando conforme al turno señalado en el programa, fueron ejecutadas la Fantasía Húngara de Liszt y la Marcha Heróica de Saint Saens. No decayó un punto la Orquesta Sinfónica Nacional en su exquisito trabajo y los concurrentes todos hicieron objeto de cálidas demostraciones de aprobación y simpatía, a los inspirados y hábiles ejecutantes que tan alto deleite artístico provocaron en su auditorio.

En la parte literaria, el discurso oficial a cargo del profesor universitario de la facultad de Jurisprudencia, Lic. D. Genaro Fernández Mac. Gregor, constituyó una nota de sumo relieve, por su correcta factura, el aliento de elocuencia que sopló en todas sus cláusulas y las trascendentales concepciones en él sustentadas. No podía ser de otra suerte; es el Lic. Mac. Gregor un estilista de bien ganadas ejecutorias dentro de la nueva falange de escritores mexicanos y son ya reconocidas, a pesar de su juventud, sus facultades como internacionalista concienzudo y sociólogo de penetrante visión.

Fueron verdaderamente interesantes los tópicos que el orador desarrolló en su valiosa pieza oratoria. Disertó ampliamente sobre el concepto de raza que por las innúmeras conmociones internas que han sacudido a los pueblos hispanoamericanos, nos han negado pensadores como Le Bon, asegurando contra este publicista que sí lo merecemos desde el punto de vista sociológico y que llegaremos a consolidarlo formando una verdadera raza, homogénea por sus tendencias y su organización interna, si no cesamos en el esfuerzo de unirnos a la Madre Patria, participando de su fe, esa fe inquebrantable en sus gloriosos destinos que la han mantenido erigida en medio de las más crueles vicisitudes, y de su idealismo y desinterés, que la han capacitado para llevar a feliz

remate las más estupendas hazañas de la historia. Expresó que nunca como en el convulso momento que la Humanidad vive, es imperiosa para los pueblos de origen español la más sólida unión en pensamientos y aspiraciones, porque la Liga de las Naciones que han proyectado los que resultaron victoriosos en la contienda mundial, como un medio eficaz para asegurar la paz en el planeta, pero de la que empiezan a dudar los mismos pueblos que la concibieron, teniéndola ineficaz para tan alto fin, tal y como si hubiera nacido herida de muerte, bien puede significar un peligro para la vida autónoma y soberana de veinte pueblos casi inermes, frente a pueblos poderosos que poseen formidables máquinas guerreras.

El Lic. Mac. Gregor cerró su discurso con un epílogo pujante y florido en que insistió en la urgencia de nuestra estrecha unión con la Madre España, que emocionó hondamente al ilustrado auditorio que en medio de transportes de entusiasmos, ovacionó al orador por largo tiempo.

La poesía estuvo encomendada al profesor universitario D. Enrique Fernández Granados, laureado poeta mexicano, quien cantó en rotundas estrofas del más impecable gusto clásico el genio inmenso de Cristóbal Colón, que a fuerza de constancia y fe, hizo surgir de las oscuras entrañas del misterio, ante los ojos cansados del Continente Viejo, un mundo nuevo en que todo se alzaba virgen y poderoso bajo la luminica caricia de una aurora sin término. La anunciada poesía de Fernangrana, constituía uno de los mayores atractivos del programa, y la inspiración y buen gusto con que el poeta desempeñó su alto cometido, dejaron ampliamente recompensado el justificado interés del culto auditorio.

No se olvidó el Departamento Universitario de la noble misión que se ha impuesto de asociar emotivamente en estos cultos festivos a las últimas clases del pueblo, y organizó un programa netamente popular. A ello se debió que guiadas por inteligentes propagandistas, las muchedumbres de obreros y trabajadores recorrieran las principales calles de la Metrópoli, acompañadas de bandas que ejecutaban los cantos guerreros de España y de las naciones ibero-americanas, en medio de estruendosos vítores a la Raza.

Las resonantes festividades que acabamos de reseñar suscitantemente y que se llevaron a cabo en conmemoración de uno de los acontecimientos de mayor trascendencia para la civilización occidental, festividades que repito superaron con mucho a las celebradas con idéntico propósito en aniversarios anteriores, prueban una vez más que la Universidad Nacional, cristalizando en su estructura y en su programa todo lo más fecundo de la vida intelectual de la Patria sigue imperturbable y airoso, a despecho de mínimos enemigos que no la comprenden, su augusta y salvadora labor de orientar las energías todas de la República hacia las más altas y esplendentes empresas.

La Universidad llevando a la gallarda juventud que le está confiada hasta el corazón del pueblo para entonar un himno de amor y de concordia, garantiza la posibilidad de la verdadera unión hispanoamericana del futuro.

El Encargado del Departamento de Extensión Universitaria,
Lic. Miguel Medina Hermosilla.